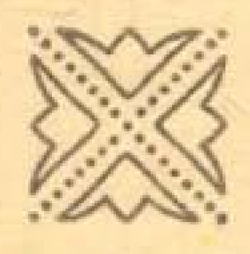
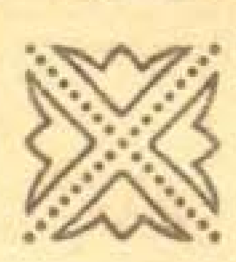
3ª Edición



MANUEL GONZALEZ
Obispo de Palencia



TODOS CATEQUISTAS

TERCERA EDICION



PALENCIA
Biblioteca de «El Granito de Arena»
1938

ES PROPIEDAD

Imp. de «El Día de Palencia», propiedad de la Federación C. Agraria

UN PROGRAMA MINIMO DE CATECISMO

Decía yo en el año 33
en plena República laica

Al grito de moda oficial de «¡Nada de Catecismo!», que muchas veces se traduce en ¡Todo contra el Catecismo!, no creo que haya católico ni católica de veras, y, a fuer de tal, enterado y persuadido de lo que es y vale su Doctrina, que no oponga con todo su corazón el suyo de ¡Todo por el Catecismo!

Nuestro deber y nuestra conciencia de católicos nos dicen que, no solamente hay que suplir el Catecismo que deja de enseñarse en las escuelas laicas oficiales, sino que hay que inundar a las almas de chicos y grandes con enseñanzas de Doctrina cristiana.

¿Quién, que quiera un poco, no más, a su Religión y su Patria, puede impasible ver venir generaciones irreligiosas, sin temor ni esperanza, sin fe ni conciencia, sin ley de Dios ni freno de respeto a la Autoridad de los hombres que de El viene?

Repito hoy

en plena recristianización de España: Hay que dar Catecismo a todos y mientras más mejor y en todas las formas que la conciencia, el celo y el ingenio dicten porque quedan muchos laicos y muchos emboscados, y la salvación completa no puede venir sino del Catecismo bien sabido y practicado.

Pero.....

Y aquí aparece el *pero* de todas las buenas obras. Pero... es que yo estoy tan ocupado... sé tan poco Catecismo... me doy tan malas trazas para enseñar... tengo tan poca paciencia para los niños... mis achaques... mi cargo... mi...

A pesar de todos los peros,

Repito:

¡Todos Catequistas!

¿Cómo?

En muy pocas palabras respondo.

Como hay Catecismo mayor, medio y menor, según los años y grados de cultura de los que lo han de recibir, propongo aquí un nuevo grado de *Catecismo mínimo* para uso activo y pasivo de toda clase de

católicos..., católicos chicos y grandes, listos y torpes, ocupados y desocupados, sanos y enfermos.

Tan mínimo es el programa que se puede reducir a solo tres cuestiones, a saber:

1.ª Un católico enseña Catecismo siempre que obra como católico.

2.ª Un católico enseña Catecismo siempre que habla como católico, y

3.ª Un católico enseña Catecismo siempre que se interesa por los que se dedican a enseñarlo, ayudándolos con su dinero, poco o mucho, con su trabajo personal perseverante, con sus oraciones y de todos los modos que pueda.

Allá va la explicación, aunque no la creo necesaria, del *programa mínimo* catequístico.

¿Quién podrá excusarse ante él de no poder ser Catequista?

Sí, ¡todos Catequistas!, y más aún, ¡seamos todos *Catecismos vivos!* ¡que con sólo vernos y oirnos los demás aprendan el Catecismo de nuestra bendita Religión! ¡Más odiada mientras más desconocida, más seguida y amada mientras más conocida!

I

Un católico o una católica enseñan Catecismo siempre que obran como católicos

Nuestro Catecismo, como recordaréis, contiene cuatro partes: *Credo*, o sea lo que debemos creer como católicos; *Mandamientos*, o lo que debemos practicar como católicos; *Oración*, o lo que debemos pedir como católicos, y *Sacramentos*, o lo que debemos recibir para vivir en el tiempo y en la eternidad como católicos.

Ved ahora un modo sencillísimo de enseñar a todo el que nos rodee, nos mire o pase por nuestro lado algo de nuestro Catecismo y de alguna de sus partes.

Allá van casos

Usted, católico o católica, que me lee, va a tomar un tranvía o a entrar o salir o pasar por entre muchedumbre apiñada; ¿quiere usted enseñarles un poco de Catecismo? Con la mejor cara que tenga deje pasar al que más prisa meta o más groseramente empuje, y a él y a los circunstantes les ha

enseñado, sin alarde de usted y sin que se den cuenta ellos, un poquito de los *Mandamientos* (al prójimo, como a ti mismo), de las *Obras de Misericordia* (sufrir las flaquezas de nuestro prójimo), y hasta de *consejos evangélicos* (amar más al prójimo que a sí mismo).

Pasa usted por delante de un templo y descubre respetuosamente su cabeza, si es católico, o se santigua, si es católica, y con solo ese gesto enseña a los que a la vez pasen o estén allí un poquito de su *Credo* (aquella es la casa de Dios vivo); y, si en vez de pasar, entra en el templo y hace reverente una cruz y no un garabato en su frente con el agua bendita y, sin taconear y en actitud recogida, se dirige al Sagrario y ora, dobladas las dos rodillas, o comulga con su buen rato de preparación y de acción de gracias, o asiste a la Santa Misa siguiendo con sus ojos al Sacerdote o a las hojas de su devocionario, y no a los que entran y salen, o deposita una limosna para el culto, ¡cuántos poquitos de *Credo* y de *Oración* y de *Sacramentos* ha enseñado sobre el dogma de la Presencia real de Jesús en la

Eucaristía, de la Misa, de la Comunión, sobre los Sacramentales (el agua bendita, la señal de la Cruz), sobre la piedad para con la Madre Iglesia, etc., etc.!

¿Tiene usted criados, dependientes u operarios en su casa, en su negocio o a sus órdenes, y les paga puntualmente, más bien un poquito más de lo justo que menos, los trata con cariñosa consideración, se interesa por sus necesidades y apuros personales y de familia, les disimula con indulgencia sus flaquezas y tropiezos y hasta se afana porque se hagan más buenos e instruídos en su Religión? Pues ya les da una buena lección enseñando a ellos y a los que conozcan vuestro proceder una porción de *Mandamientos* y de *Virtudes*.

Y, aunque algunas veces, quizás muchas, ese comportamiento vuestro dé ocasión a risas y burlas, a animosidades y hasta persecuciones, no temáis por el fruto de vuestra Catequesis; la lección de Doctrina está dada y esas burlas y contradicciones son la señal clarísima de que se ha enterado también el demonio de que *allí hay un Catequista de Jesús*.

Una prueba a contrario

de lo que valen esas lecciones de Catecismo *con obras* conforme al mismo Catecismo, es el argumento que los dialécticos llaman *a contrario*.

Cada vez que un católico da ejemplo de tal, hace en favor del conocimiento y estima de su Religión tanto como deshace cuando da mal ejemplo ¡Cuántas veces habréis oído difamar y deshonrar nuestra Santa Religión y tratar de cohonestar malas conductas y procederes torcidos por esta sola razón o sin razón! ¡Como D. Fulano, que es tan católico, o D.ª Zutana, que es tan devota, lo hacen, lo dicen, lo leen, van, asisten, pagan así...! ¿No es esa la razón o excusa de muchos participantes de cines y bailes inmorales, de modas y lecturas disolventes, de prácticas y rutinas más paganas que cristianas muy en boga entre gente que se llama católica?

Dos lecciones de Catecismo de Obras

Entre las miles que podría citaros escojo dos, referentes ambas al trato del Santísimo Sacramento.

La primera es de San Francisco de Sales

Un calvinista que le había oído predicar de la Real Presencia de Jesús en la Eucaristía, quiso cerciorarse por sí mismo si el Predicador creía lo que predicaba.

Y se le ocurrió para ello el ardid de permanecer escondido durante la noche en la iglesia junto a la cual vivía aquél. Si cree, se decía, que Jesús está en la Hostia, vendrá a visitarlo, aunque no lo vea nadie, y estará ante El como si estuviera vivo...

En efecto, a las altas horas de la noche una figura se desliza por entre las sombras del templo trabajosamente iluminada por la lucecita de la lámpara. ¡Fuerte emoción en el clandestino vigilante! La sombra avanza, llega ante el Sagrario, se postra con la cabeza sobre el pecho, o levantada hacia la puertecita del Tabernáculo permanece largo rato...

Al día siguiente el calvinista pedía al Obispo de Ginebra la Comunión Católica.

La segunda lección es contraria a la anterior.

Después de una Procesión del Corpus oí, con pena y convergüenza, a un protestante extranjero que la había presenciado por curiosidad:

«¡Ah, Señor! Era muy bonita la procesión; pero en ella iba un grupo de señores que no debían creer..., que no eran católicos.»

—¿...?

—Sí, porque iban hablando y riendo tan distraídos como si allí en la Hostia no fuera nadie...

¿Veis a dónde llegan las lecciones de Catecismo de obras?



11

Un católico o una católica enseñan Catecismo siempre que hablan como católicos

Ved otro medio, y de bastante eficacia de enseñar de modo permanente Doctrina cristiana y de enseñar a ser buenos católicos.

¿Somos católicos?

Pues hablemos católicamente.

¿Cuándo?

Siempre, porque, gracias a Dios, a toda hora, desde que somos bautizados, lo somos.

¿Con quién?

Debemos hablar católicamente con todo el que hablemos, con Dios y con el diablo, con los de casa y con los de la calle, con los amigos y con los enemigos, con los conocidos y con los desconocidos, ¡con todos con quienes hablemos! ¡siempre en católico!

¡Qué grandes lecciones de Doctrina cristiana!

Hablemos católicamente con Dios

Si un católico, al hablar con Dios, sea en la iglesia, sea en su casa, en la calle o en el cementerio, lo hace en actitud de máximo respeto y máxima atención, sin mirar a un lado ni a otro, ni interrumpir su conversación con otra de menor importancia, pronunciando las palabras de su oración lenta y gramaticalmente, ese católico, sin pretenderlo, está enseñando buena parte del *Credo* (quién es Dios), de los *Mandamientos* (qué se debe a Dios) y de la *Oración* (a quién y cómo se debe orar).

No están todos los católicos obligados a hablar de Dios como el Apóstol, que lo anuncia por todas partes y lo da a conocer aun con riesgo de su vida, ni como el Teólogo que esclarece las profundidades de sus divinos misterios, ni como el Catequista que tiene horas señaladas para hablar y enseñar cosas de Dios; pero sí están obligados en determinadas ocasiones a hacer profesión de Fe católica, sobre todo cuando el no hacerla equivaldría a una apostasía, a hablar de Dios y de su Religión y de

sus Instituciones con respeto y veneración y, si no obligados, deben estar los católicos dispuestos a despreciar el lenguaje laico y pagano que se nos introduce y, conforme a nuestras laudables costumbres cristianas, insignes trofeos y brillantes cristalizaciones de la fe y de la piedad de nuestros abuelos, no hablar más lenguaje que el cristiano tradicional español que invoca a Dios, a la Virgen y a los Santos en todos los actos y circunstancias de su vida, no sólo individual y privada, sino familiar y social, como en el saludo «Dios guarde a V.», «Ave María Purísima», en la despedida «Quede V. con Dios», «Con Dios», «Adiós», en el comienzo y en el término de la comida, la bendición y acción de gracias de ese gran beneficio, en la condición de todos los acontecimientos futuros «Si Dios quiere», «Dios mediante», y en mil y mil casos. Y, cuando no basta el lenguaje hablado, esas mismas costumbres nos han enseñado a poner a alabar a Dios y a la Virgen Sta. María, hasta los dinteles de las casas con el «Alabado sea Dios», los cuadros y exornos de las habitaciones y de todas las piezas

domésticas con representaciones de asuntos religiosos y morales, los frontispicios de los palacios con sus inscripciones y leyendas religiosas, los remates de los edificios y las cimas de los cerros y montes con su cruz, las encrucijadas de los caminos con sus piadosas Imágenes, y con las innumerables manifestaciones de Fe con que nuestros abuelos embellecían y cristianizaban con alabanzas y agradecimientos y enseñanzas de Dios la agria y seca prosa de la vida terrena.

¿Que si se enseñará Catecizmo con todo eso?

¡Catecismo y teología de muy subidos quilates y muy pedagógicamente enseñados!

Contrapruebas

¿Qué van a aprender, por lo contrario, chicos y grandes de esos católicos que, o no hablan jamás con su Dios o, si hablan, tan atropellada y rutinariamente lo hacen, que ni ellos mismos saben lo que dicen, ni a veces llegan ya a decir nada a fuerza de comerse palabras y decirlas desfiguradas?

¿Qué ejemplos de respeto sumo a Dios, ni de valor en confesarlo públicamente van a dar esos católicos para quienes el persignarse delante de otros es un acto heroico y el rezar comprometedor, y el pronunciar el nombre de Dios o profesarse paladinamente católico es cosa poco menos que de mártires?

Una contraprueba graciosa

Siempre recordaré la observación graciosa de un niño de verdad precoz, en cuya cristiana casa se rezaba el Sto. Rosario.

A mi pregunta sobre si lo rezaba bien o mal, me contesta en tono de juez que sentencia:

—A mí me gusta más que lleve en casa el Rosario papá que abuelita.

—¿Por qué?

—Pues le diré a V.: con papá nos enteramos todos, el Señor y nosotros, de que rezamos y de lo que rezamos... y con abuelita, yo creo que ni el Señor se entera...

—¡Chiquillo! ¿Ni el Señor?

—Sí, sí, porque con papá, cuando se dice a rezar, no se hace más que eso, rezar

con todas las letras y ¡cualquiera se distrae o se come una! y con abuelita, *con abuelita...* (y me lo subrayaba con el tono y el gesto) empezamos a rezar...; pero después se hace de todo; ella se va durmiendo, nosotros nos reímos, jugamos, nos peleamos y acabamos por dormirnos también... y por eso le digo a V. que ni el Señor se entera de que rezamos, porque lo más que el Señor ve es que empezamos a rezar...

En mis Catecismos

¡Cuántas y cuántas veces he podido probar y comprobar esta influencia del ejemplo, que vengo exponiendo cuando rodeado de muchedumbre de chaveitas a la hora del *Angelus* del mediodía o de la tarde, en plena explosión de juego y diversión he llevado mi índice sobre los labios pidiendo silencio, he cruzado las manos sobre el pecho, he entornado los ojos en actitud de orar y el silencio se ha impuesto *eléctricamente* y todos han respondido a mis Padre nuestros y Ave-Marías, rezados por mí sin elevar la voz, con sus oraciones en voz también sosegada!

Descruzar los brazos y dirigirles una mirada envuelta en una sonrisa es bastante para que aquel lago en calma vuelva a la tempestad de gritos y saltos...

¡Hablar católicamente con los prójimos! :-:

Sin vacilación alguna afirmo que un católico que hable con y de sus prójimos a lo católico enseña más Catecismo que una Universidad de ciencias morales.

¡Con cuánta razón puso el Apóstol Santiago la perfección del cristiano en dominar su lengua! ¡Con cuánta verdad llamó a la lengua *universidad de iniquidades!*

Un católico, que habla católicamente, es ese que domina su lengua y la trueca de universidad de iniquidades en manantial de bienes de todas clases.

Hablar católicamente no sólo es un excelentísimo modo de guardar los Mandamientos de la Ley de Dios y de practicar las virtudes, sino de enseñarlo a los demás.

Hablar católicamente es, además de no ofender la Santidad y los oídos de Dios ni la conciencia del prójimo con blasfemias o

palabras injuriosas a El, a la Virgen o a los Santos, o con juramentos falsos, malos o inútiles, tratar santamente las cosas santas, como manda el segundo Mandamiento de la Ley de Dios.

Hablar católicamente es tratar los hijos a los padres y los menores a los mayores en edad, saber y gobierno con cariño, respeto, sumisión y deferencia, y los padres y mayores a sus hijos y menores con cariño, interés y solícita consideración, como manda el cuarto Mandamiento.

Hablar católicamente es no sólo no manchar los labios propios ni los oídos ajenos con palabras sucias, conversacionss indecorosas, chistes escandalosos o relatos de doble sentido sino desinfectar y perfumar el ambiente que nos rodea con palabras y conversaciones limpias, que propaguen y hagan amables las costumbres sanas y las acciones dignas.

Hablar católicamente es no ofender la imagen de Dios que lleva nuestro prójimo, aunque sea nuestro mayor enemigo, ni el derecho que tiene a que lo tratemos con verdad, justicia y caridad, por lo menos

como nosotros quisiéramos ser tratados, dándole mentiras por verdades, contumelias de palabras agresivas y palabras duras por trato de hermano y de prójimo, o murmuraciones y calumnias en vez de defensa caritativa o silencio respetuoso.

Hablar católicamente es callar con buena cara, cuando la ira u otra pasión trata de romper el equilibrio de nuestra razón y hacernos perder la serenidad de nuestra lengua.

Hablar católicamente es impedir que nuestra lengua sea vehículo perenne de nuestra vanidad, orgullo o amor propio contando a todas horas las cosas buenas propias, reales o soñadas, y las malas ajenas, defendiéndose y excusándose a sí mismo y atacando o acusando al prójimo.

Hablar católicamente es confesar sinceramente sin atenuaciones ni excusas nuestros pecados al que tiene poder de Dios para perdonarlos.

Hablar católicamente es, en una palabra, aplicar a la lengua lo que los antiguos caballeros decían de la espada: «No sacarla sin razón ni envainarla sin honor».

Ese es el hablar católico: mover la lengua *con razón* y no volverla al descanso sino *con honor de Dios, de sí o del prójimo.*

¡Qué bien se entienden ahora las palabras de la Epístola Católica del Apóstol Santiago: «Si alguno se precia de ser religioso sin refrenar su lengua, antes bien engañando sus corazones, la religión suya es vana», es falsa en piedad!

Descuidos de la lengua de los católicos, profanaciones o faltas de respeto de la lengua de los comulgantes que toca a Jesús Sacramentado diaria o casi diariamente, pecados de lengua de gente buena; de ¡cuántos escándalos de pequeñuelos, de cuántos malos ejemplos, de cuántas disipaciones y desencantos y desedificaciones sois la causa y tenéis la culpa!

¡Cuántas veces en el hablar *no católico de los católicos y aun de los píos* he aprendido a explicarme el aparente contrasentido de tantos que se hacen malos o tibios tratando sólo con buenos y hasta fervorosos! Y es que no pocos de éstos son en todo buenos *menos* en la lengua... y di-

ce el Espíritu Santo por boca de Santiago que el que no tiene la lengua buena, o refrenada, su religión es vana, su piedad es falsa.

Era yo muy muchacho

y aún conservo la extrañeza con que oí decir a un señor respetable en todos conceptos y de muy buena vida y costumbres:—Me dice mi confesor que yo entraré en el cielo, pero sin lengua...

Entonces no comprendía yo qué le pasaría a la lengua de quel buen señor para dejársela atrás; después, cuando fuí mayor, caí en la cuenta de la exclusión... aquel señor buenísimo mentía y murmuraba casi tanto como hablaba... ¡Un *coloso* en fabricar mentiras de hechos y personas!

En cambio

¡Cuántas conversiones, rectificaciones de conducta, mejoras de vida y costumbres y enfervorizamientos de espíritu habréis visto sólo por ese motivo, el oir hablar a un amigo o enemigo, a un desconocido o extraño *católicamente!* ¡Ese es, por lo menos, medio catecismo vivo!

Con cuánto gusto cierro y confirmo estas sencillas consideraciones con ese trozo de la ya citada Epístola:

«Así como, si metemos un freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, movemos su cuerpo a dondequiera. Mirad también cómo las naves, aunque sean grandes, y estén llevadas de impetuosos vientos, con un pequeño timón se mueven acá y allá donde quiera el impulso del piloto. Así también la lengua es un miembro pequeño, sí, pero viene a ser origen fastuoso de cosas de gran bulto *o consecuencia* ¡Mirad un poco de fuego cuán grande bosque incendia! La lengua también es un fuego, es un mundo entero de maldad. La lengua es uno de nuestros miembros, que contamina todo el cuerpo, y siendo inflamada del fuego infernal, inflama la rueda *o toda la carrera* de nuestra vida El hecho es, que toda especie de bestias, de aves y de serpientes, y de otros animales se amansan, y han sido domados por la naturaleza del hombre. Mas la lengua ningún hombre puede domarla *sin la ayuda de Dios:* ella es un mal que no puede atajarse, y está llena de mor-

tal veneno. Con ella bendecimos a Dios Padre: y con la misma maldecimos a los hombres, los cuales son formados a semejanza de Dios. De una misma boca sale la bendición y la maldición. No han de ir así las cosas, hermanos míos ¿Acaso una fuente echa por el mismo caño agua dulce y agua amarga? O ¿puede, hermanos míos, una higuera producir uvas, o la vid higos? Así tampoco la fuente salada puede dar el agua dulce.»

(EPÍST. CATÓL. DEL APÓSTOL SANTIAGO, III, 5, 12.)

Hermanos, amigos, para ser siempre *fuente de sólo agua dulce* que dé el buen sabor de Cristo a los que nos rodeen, puesto que somos católicos, *¡hablemos católicamente!* ¡Con Dios y con los hombres!



III

Por la cooperación a los Catequistas

Un católico o católica enseña Catecismo ayudando como pueda a los dedicados expresamente a enseñarlo.

Como el que ayuda a perpetrar un robo o un crimen es reponsable ante Dios, ante su conciencia y ante la ley de ese delito, el que ayuda a hacer una obra buena, y la Catequesis es la mejor de las mejores, gana ante Dios y su conciencia y ante las personas rectas los premios y frutos de aquélla.

Y no me refiero solo a la ayuda material, sino aun a la ayuda de deseo o al deseo de ayuda.

Que si el mal deseo consentido tiene responsabilidad ante Dios, el buen deseo tiene premio y aun el mismo premio que la obra buena ejecutada.

¿Cómo puede un católico ayudar a la magna obra de los dedicados a enseñar Doctrina cristiana?

Citaré algunos modos.

1.° Por el *dinero*, mucho o poco, según

la situación económica del que lo da; pero aunque sea con cinco céntimos, ningún católico debe hoy, ante el veneno que aún queda del laicismo y la guerra que estuvo tanto tiempo declarada al alma del niño, dejar de contribuir a la creación y sostenimiento de escuelas privadas católicas y a los centros de enseñanza catequística.

2.° Con los *menudos sacrificios* de comodidades, regalos, cosas superfluas o menos necesarias para ofrecer el mérito a Dios en favor de los Maestros y Catequistas, y el dinero que con ello se ahorra a la obra de la enseñanza católica.

3.° Con *prestación personal* de servicios, influencias, protecciones y recomendaciones en favor de Maestros, Catequistas y alumnos, buscando niños para la catequesis y la escuela católica, (comenzando por enviar con tesón a los propios) regalando lecturas, revistas, periódicos, hojas de propanda, ya leídos, a los centros catequísticos para su difusión, y por todos los modos y medios que sugiera un celo ingenioso por causa tan santa y urgente.

4.° Ingresando en la ahora más que nun-

ca necesaria *«Asociación Católica de Padres de Familia»* para la defensa de la educación cristiana de los hijos y, si en el pueblo o ciudad de residencia no estuviese constituída, ponerse en comunicación por medio del Párroco propio con el Centro diocesano o con el más inmediato, para establecerla urgentemente y, si ni esto fuera posible de momento, reunirse con otros padres de familia de la misma localidad que no quieran veneno ni envenenadores para las almas de sus hijos, y quieran ayudar a las autoridades en la obra de preservación de los niños y buscar alumnos y cuotas pura fundar o fomentar, si ya está fundada, escuelas católicas, netamente católicas. Y

5.° Sobre todo *por la oración*, que atrae la virtud y la eficacia y la fecundidad de Dios sobre las Obras de los hombres. ¡Qué gran cooperación a la enseñanza es ofrecer Misas, Comuniones, oraciones, mortificaciones y toda clase de obras de piedad para que haya Maestros y Catequistas de *verdad católicos*, de obras, palabras, costumbres, carácter, sentimientos

y hasta instintos católicos, y de todos esos modos enseñen a muchos, muchos niños a ser reproducciones vivas de Jesús, otros Jesús!

El fin y el ideal de la pedagogía católica no es otro que hacer hombres cabales a fuerza de asemejarlos al prototipo de toda perfección, Jesús.

Se lee

de todos los grandes apóstoles y predicadores de nuestra santa Fe, que siempre han puesto más confianza en las oraciones y mortificaciones que por la eficacia y fruto de su palabra hacían ellos y las almas selectas, que en sus retóricas y prendas oratorias.

Preguntado el gran Maestro católico y Angel de los Escuelas católicas, Santo Tomás de Aquino, que de dónde sacaba la luz esplendente de la ciencia de sus libros y de sus lecciones de cátedra, siempre señalaba al mismo libro: el crucifijo.

¡A cuántos grandes problemas dió solución llevando guardadas en el pecho bajo su blanco hábito o colocando sobre el al-

tar, cuando iba a celebrar la Santa Misa, las cuestiones escritas sobre las que pedía soluciones a Dios y a las que los libros de los hombres no se las daban!

Y ¡cuántas experiencias no nos tienen confirmado que los maestros que *más pegan* sus enseñanzas al alma de sus discípulos y las convierten en educación y formación de carácter no son siempre los más sabios, sino los más buenos, esto es, los más influídos de la Gracia de Dios y de la eficacia de la oración propia y ajena!

En resumen

Obrar a lo católico,
Hablar a lo católico y
Cooperar con los maestros
y catequistas católicos,
es un catecismo mínimo
del que podemos ser
¡Todos catequistas!

Los sabios y los ignorantes, los ocupados y los desocupados, los altos y los bajos, los clérigos y los seglares, todos los que tengamos interés en que se dé gloria a Dios, en que se conozca y se quiera a Jesucristo

y en que esta pobre sociedad nuestra no se convierta en manada de lobos o en selva de caníbales, término fatal de la ilustración atea como del analfabetismo anticristiano.

El gran Maestro San Agustín dejó consignada esta verdad, que es a la par luz y remordimiento. *Si nosotros fuéramos de verdad cristianos, no habría ningún hereje.*

Si todos los católicos lo fueran de obras, palabras y cooperación, ¡ya nos podríamos reir de todos los laicismos nacidos y por nacer!

¿CATECISMO MAXIMO?

Puse por título a estas paginillas que preconizan el *apostolado del ejemplo y de la cooperación* «Catecismo mínimo» y, al ponerles punto final, siéntome movido a cambiar el título por el de «Catecismo máximo».

¿Razón?

En el Santo Evangelio, según San Mateo, se leen estas palabras del Maestro divino: «El que dejara de cumplir uno de los preceptos más pequeños será mínimo

en el reino de los cielos; mas el que practicare y enseñare, éste será grande en el reino de los cielos».

Grandes son en verdad, no sólo en el cielo, sino en la tierra, los que, sin alardes presuntuosos ni respetos humanos en *todo* y *siempre* enseñan la verdad y la hermosura de la Doctrina cristiana *obrando, hablando* y *cooperando como católicos*... Estos son los grandes...



PRECIO DEL EJEMPLAR: 0,10 CENTIMOS

Administración de «El Granito de Arena»

Santo Domingo de Guzmán, 19. - PALENCIA